

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 133

Alicante 7 de Junio de 1873.

Año IV.

FESTIVIDAD DEL CORPUS.

La sagrada Eucaristía, misterio y sacramento á la vez, es el gran foco de luz y de calor, que ilumina las inteligencias y enciende los corazones de la gran familia católica.

Considerado como misterio, es claridad de fé á cuya luz vé el alma la continua encarnacion de Cristo en la Iglesia, y adora en El, al Padre, y al Espíritu, que son en uno el principio y el fin de cuanto es, de cuanto fué y será eternamente: como sacramento, es el complemento de la fé, que se adquiere por el bautismo, crece por la confirmacion y se abrasa en la caridad, íntima union del hombre con su Criador.

Y como la luz se descompone en varios colores simples, á cual mas bellos á la vista y agradables al sentido, así derrama sus rayos este Sol luminoso por todas las fiestas de la católica Iglesia, que, aunque bellas y en gran número variadas, son una en su objeto: ofrecer al eterno Padre la víctima propiciatoria del Hijo, por nuestro amor hecho hombre.

Así se comprende bien que por

espacio de doce siglos y más, no hubiese una fiesta especial consagrada á celebrar la inefable institucion de la Eucaristía; como quiera que, renovándose todos los dias y á todas horas y en todos los lugares el Santo Sacrificio de la Misa, en conmemoracion y en cumplimiento del precepto de nuestro Señor Jesucristo, cuando en la memorable noche de la cena, despues de consagrar y convertir en Su cuerpo y en Su sangre el pan y el vino, dijo á los apóstoles: haced esto en memoria de Mí, viene á ser una perpétua fiesta, y una continua conmemoracion de aquel por tantas maneras imponderable y nunca bastante bien apreciado beneficio.

Hay sin embargo un dia en que mas á la memoria se recuerda y mas á los ojos se representa aquel último banquete que celebró el Salvador la víspera de su sacrificio, y es, cuando un solo sacerdote, gefe en cada iglesia, celebra el Jueves Santo los divinos misterios, y dá por su mano la santa Comunión á los demás sacerdotes que de él dependen. Empero en aquellos solemnes instantes un sentimiento de tristeza vela los corazones de los fieles.

Contemplan á Jesucristo estremando sus bondades y dándose en cuerpo y alma á los hombres; mas vén la siniestra figura del hombre, de Judas, pagando con la mas negra traicion la mas alta de las bondades y poco despues, y por efecto de esta perfidia, acuden las lágrimas á los ojos viendo aquel mansísimo Cordero sufrir las injusticias de los tribunales, el escarnio de la plebe, y por último la ignominia é inmolacion en la cruz de la sagrada Víctima.

Pasada esta época de meditacion y recogimiento, de luto y de lágrimas, alégrase y ensancha el corazon con las victoriosas escenas de la Resurreccion y Ascension á los cielos del Triunfador de la muerte: y llena despues el alma con las suaves inspiraciones del Espíritu consolador, vuelve los amantes ojos hácia la prenda de salud y vida que al partir de este mundo le dejó el Esposo inmortal, y se entrega á todos los transportes del gozo y del amor.

Esta sucesiva diversidad de afectos que tiene lugar durante el año religioso, pudiera decirse que tuvo tambien su desarrollo en la vida de la Iglesia. Lloró Ella en los primeros siglos bajo el azote de los tiranos; crece y lucha despues con las heregías; y al levantar victoriosa la cabeza por sobre las ruinas de los tronos, y levantar docta su voz sobre la confusa algarabía de las sectas filosóficas y religiosas, muestra al mundo el secreto poder de

sus victorias, levantando triunfante en sus manos la Hostia pacífica y santa.

El pueblo cristiano en general deseaba con ardor las fiestas de la Iglesia, dice un historiador, de tal manera, que el concilio de Tolosa y el de Oxford despues, hicieron una lista de ellas y se vió que se consagraba la cuarta parte del año al servicio del Señor; pues la piedad de aquellos tiempos estraños á los frios cálculos de los nuestros, no temia morir de hambre ni empobrecerse.

El Sacramento del altar vino á ser, sobre todo, como el punto culminante de la inspiracion religiosa y el centro de todo el culto. Todos los grandes pensadores se ocuparon en este misterio, y los mas grandes maestros de la vida espiritual se esforzaron en despertar disposiciones convenientes en los que participaban de ella.

En 1203 se estableció en Colonia el uso de la campana para advertir á los fieles el momento de la elevacion. Tambien data de aquella época el uso de los tabernáculos y viriles, para conservar y poner de manifiesto el Santísimo Sacramento, mientras los fieles entonaban himnos inspirados por el mas puro y divino amor.

Hugon, obispo de Lieja, fué el primero que manifestó ese universal sentimiento y profunda veneracion hácia el adorable Sacramento del altar, cuando en 1246 instituyó una fiesta particular, que diez y

ocho años despues fué autorizada y extendida por toda la Iglesia por los Sumos Pontífices Urbano IV y Clemente V.

La fiesta del *Corpus* contribuyó en gran manera á desarrollar las magnificencias del culto: las costumbres aun tan rudas de la época exigian imperiosamente se le representasen mas que nunca con figuras materiales los misterios de la fé y el objeto y la significacion de las fiestas. De aquí, el establecimiento de la solemne procesion en que es llevado en triunfo por las calles y por las plazas el Sacramento del amor, precedido de una cohorte de santos, que lo fueron, bebiendo la gracia en aquella fuente perenne que salta hasta la vida eterna. En algunas partes rompien la marcha comparsas de enanos y gigantones, representando el triunfo del Salvador sobre todas las razas y tribus, que le rendian homenaje; y tambien se veian algunas figuras monstruosas, que bajo distintas denominaciones, eran símbolo de la serpiente infernal que huia ante la virtud del Dios-Hombre.

Siglos aquellos de fé, de reverencia y amor, complaciáanse en estas representaciones palpables de la presencia real, que producian una verdadera reaccion contra muchas sectas que la negaban.

Imágen, la solemne procesion del Corpus, que es la ceremonia culminante de este dia, de la vida de la Iglesia en el mundo, recorre las vias cubiertas de flores, descan-

sa de cuando en vez en los altares, y entra por fin en el templo al eco de las músicas, del órgano y de las cien y cien voces que entonan himnos eucarísticos.

Así continúa su marcha al través de los siglos conduciendo á las generaciones católicas por entre el tumulto y las contrariedades de la vida á la Jerusalem celestial, mostrando á las gentes el augusto Sacramento, que es luz de las inteligencias y llama de divino amor para los corazones.

M. G.

EL DOCTOR PUSEY.

En *Le Dimanche*, periódico religioso de Amiens, leemos:

„Se nos asegura que el Reverendo Dr. E. B. Pusey, célebre por su lucha contra el protestantismo oficial, ó anglicanismo, y fundador de una secta á que dá su nombre, llamada *puseismo*, en la que se admite hasta la confesion auricular, ha pasado la última pequeña barrera que le separaba de la Iglesia romana.

„El reverendo señor debe hallarse en camino para Roma, donde se propone abjurar solemnemente sus errores á los pies de Su Santidad.”

Esta noticia, cuya importancia altísima no puede ocultarse á nuestros lectores, necesita confirmacion: hasta entonces se debe suspender todo juicio. Sin embargo, teniendo presente el pasado del doctor Pusey y las actuales circunstancias en que se encuentra, no extrañaríamos tuviera razon *Le Di-*

manche de Amiens; diremos más: nos sorprendería altamente que dicho señor continuase en la falsa é insostenible posición en que se ha colocado.

Harto conocidos son sus principios religiosos.

Desde el famoso *Gorhamcase*, que abrió los ojos de los mas insignes anglicanos que aun conservaban sentimientos de fé, se persuadió el Dr. Pusey que la Iglesia anglicana, desde que abdicó su independencia para constituirse esclava del poder civil, habia defecionado de la Iglesia de Jesucristo. Cuando, con la servil anuencia de los Obispos, Isabel declaró en el *convocation* celebrado en Londres en 1571 que, en calidad de soberana, era ella la suprema gobernadora de la Iglesia de Inglaterra, á cuya autoridad debian someterse todas las diferencias que surgieran sobre *decretos, cánones y constituciones*, y en seguida hizo uso de tan ámplio poder sancionado, y diríamos definiendo, los notorios treinta y nueve artículos de fe que constituyen el símbolo anglicano, entonces, á juicio del Dr. Pusey, la Iglesia anglicana defecionó de su misión é incurrió en un funestísimo desacierto.

A pesar de la evidencia de esta verdad, que nadie demostró con mayor fuerza que el mismo citado Dr. Pusey, continuó sin embargo, él apartado de Roma, formando esa Iglesia *puseista*, tan inconsecuente, y que recuerda el sueño disparatado del enfermo Horacio:

.....*ut nec pes, nec caput uní.*

Reddatur formæ.....

En posición tan resbaladiza, la cuestión del *Símbolo atanasiano* ha venido á hacérsela aun mas difícil é insostenible.

En efecto: si la declaración de Isabel despojó á la Iglesia de Inglaterra de todo carácter divino, para hacerla un ramo de la administración civil, de cuya autoridad y antojo dependía hasta en la definición de dogmas y en materias puramente de fé, la cuestión del *Símbolo atanasiano* acaba de destruir en ella todo resto de fé que le quedara, reduciendo el anglicanismo á un puro sistema de filosofía en materias que de religión y moral tengan lo menos posible. En el *Símbolo* mencionado, no solo se profesan los principales misterios de la revelación y del cristianismo, sino tambien se declara la absoluta necesidad, para salvarse, de creer y profesar los indicados misterios. Ahora bien: como esta necesidad tan absoluta contradijese abiertamente á esa elasticidad increíble que enseña que son buenas y excelentes todas las religiones, pudiendo los hombres asegurar su eterna salvación en cualquiera de ellas, y aun cuando no profesaren ninguna y siguiesen únicamente el dictámen de su razón, crecidísimo número de anglicanos consideraban falsas, si no blasfemas, las cláusulas del *Símbolo*, donde se declaraba que perecerian eternamente los que no creyeren en la unidad y Trinidad de Dios, en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo y en la vida venidera.

De aquí que los que abrigaban estas modernas doctrinas se negaran á recitar en la pública liturgia, como está prescrito, las cláusulas ofensivas. Esta resistencia suscitó una vivísima discusión en el campo anglicano. Peticiones sobre peticiones fueron dirigidas á las autoridades eclesiásticas. Estas, atendiendo al número y calidad de los solicitantes, entre los cuales contábanse no pocos ministros ó eclesiásticos, resolvieron que cada parroquia decidiese, por ma-

yoría de votos, si debían ó no recitar el *Símbolo atanasiano*. A no suponer que los prelados hubieran perdido toda convicción acerca de la necesidad de la revelación, hay que admitir ignoraban el valor de su decisión, cuya consecuencia legítima, directa é inexorable es que la última y suprema autoridad en la Iglesia anglicana, aun sobre materias de fé, reside en los fieles; decisión que destruye toda autoridad y toda misión en el Episcopado y en el clero, y que rompe hasta las últimas apariencias de unidad y los últimos vestigios de fé que aun conservaba el anglicanismo.

El Dr. Pusey ha comprendido la significación de la decisión referida, y, como era natural, se ha alarmado sobremedera. En una carta dirigida á mediados del mes pasado á *The Times*, el mencionado doctor no oculta que una crisis había sobrevenido á la Iglesia de Inglaterra, que puede sacudir las almas de los hombres, y que puede causar en ella una ruptura incomparablemente más grave que la sufrida en 1688.

En seguida observa que las cláusulas mencionadas, según él, son la sola fórmula ó declaración en la liturgia anglicana, que una fé fija y determinada en las verdades reveladas por Nuestro Señor Jesucristo es esencial para la salvación, porque así lo ha declarado Nuestro Señor, y puede ofenderse más gravemente á Dios rechazando lo que El ha revelado, que desobedeciendo lo que él ha mandado.... Así, entendemos que si la Iglesia de Inglaterra, en vista de las objeciones suscitadas, tendiese á alterar el *Credo*, perdería su derecho á ser maestra del pueblo; derecho que, creámoslo ó no, es más esencial que cualquiera otra doctrina: es decir, si es preciso para la salvación creer lo que

Dios Todopoderoso ha revelado, ó no creerlo.»

Esta carta demuestra la inquietud y la incertidumbre que devora el ánimo agitado del Dr. Pusey. ¿Qué extraño, pues, que para hallar la paz y devolver la calma á su conciencia haya resuelto adoptar el partido indicado por *Le Dimanche* de Amiens? Si así lo hiciere, desaparecerán (como sucedió á Newman, á Manning y á infinitos otros) sus dudas y ansiedades; la paz reinará en su corazón, y se verán por fin atendidas las fervientes oraciones de tantas almas justas que hace años no cesan de pedir al Señor la conversión de dicho doctor, conversión que sería sin duda seguida de otras sin cuento.

CONVERSION Y RETRACTACION

de un gran enemigo del Pontificado.

Leemos en *La Libertá Cattólica* del 28 de Febrero un acto de valor cristiano, que honra tanto al que lo acaba de ejecutar como á la Iglesia, en cuyo obsequio se ha hecho.

Recordemos primeramente los hechos á que se refiere. El 7 de Setiembre de 1860, Garibaldi tomó posesión de la dictadura en Nápoles. En el mes de Octubre se organizó un plebiscito para la anexión de Nápoles al Piamonte, creándose en seguida la lugartenencia real. El 17 de Febrero de 1861 comenzó á publicarse por el ministerio de Negocios eclesiásticos de esta tenencia la serie de medidas hostiles á las Ordenes religiosas, cuyo coronamiento se prepara en estos momentos en Roma.

El eminente abogado Francisco di Cè-

sare desempeñaba entonces las funciones de secretario del ministerio de Negocios eclesiásticos. Este abogado fué el que prestó a las medidas de que hablamos el auxilio de su vasta erudicion y de su talento. Hoy día se encuentra á los bordes del sepulcro. Ha mandado llamar al Arzobispo y á un confesor, y, no contento de haberse reconciliado con Dios, ha querido publicar la siguiente retractacion, cuya elocuencia y oportunidad nadie desconocerá:

»El abajo firmado, jurisconsulto y abogado napolitano Francisco di Cesare, hijo del difunto juez José di Cesare, que vive en el Vico V. (calle) Duchesca 11, piso segundo, cargado de años y enfermedades, pero en plena posesion de mis facultades intelectuales, he determinado hacer las declaraciones siguientes, y tambien hacerlas públicas, á fin de tranquilizar mi conciencia, y prepararme del mejor modo posible á comparecer ante el tribunal de Dios.

»Habiendo nacido en el seno de la Iglesia Católica, no quiero morir sino en su seno; y aun cuando en algunas circunstancias me haya desviado del sendero de mis deberes para con ella, declaro que nunca he desconocido, ni sus dogmas, ni sus preceptos. Jamás he querido oír hablar ni pertenecer de modo ninguno á las sociedades secretas, á las sectas anticatólicas que combaten á esta Iglesia. Tambien me he preservado siempre de los errores que en nuestros tiempos se deslizan por todas partes como serpientes, y jamás he hecho nada contra el poder del Pontífice romano, á cuya infalibilidad y decisiones siempre me he adherido y me adhiero, tambien enteramente, como hijo muy obediente de nuestra Madre la santa Iglesia.»

»Un hecho llena mi corazon de remordimiento, y me acuse de él delante de Dios, delante de la Iglesia y delante de la sociedad, esperando conseguir el perdon de la misericordia divina.

»Yo he prestado mi concurso á la compilacion de los decretos de la lugartenencia del 17 de Febrero de 1861, decretos contrarios á las Ordenes religiosas, á las prescripciones, á los intereses y á la gloria de la Iglesia católica. Yo los he redactado y dirigido en mi calidad de primer colaborador del gabinete del ministerio de Negocios eclesiásticos. Es verdad que yo me proponia por ese medio evitar á las Ordenes religiosas y á sus casas una total supresion; pero no debí prestarme de modo ninguno á este atentado sacrílego, y reconozco enteramente mi culpa, y el daño grande que en esta ocasion he causado á la Iglesia.

»Habiendo, pues, sido pública mi falta, quiero hacer tambien igualmente públicos mi arrepentimiento y la reprobacion que hago de mi conducta.

Quiero tambien que todos sepan que mi presente declaracion no me ha sido impuesta, ni sugerida ni arrancada de modo ninguno, sino que ha sido escrita por mi espontánea voluntad, por mi propia deliberacion. Declaro, en fin, que muero en el seno de la Iglesia católica, pidiendo perdon al público por haberme escandalizado, como tambien á monseñor el Arzobispo, y espero me perdonará la divina misericordia.

»Nápoles 15 de Febrero de 1873.—
Francisco di Cesare.»

Siguen despues otras firmas auténticas. Importa advertir, para honra de la valiente determinacion de M. Francisco di Cesare, que habiéndose divulgado el rumor de su retractacion aun antes de haberla hecho, acudieron de Roma dipu-

tados, publicistas, amigos suyos de otros tiempos, con el fin de disuadirle de su resolución; pero le han encontrado inquebrantable.

ELLA QUEBRANTARÁ TU CABEZA.

(En el centenario de la Virgen de los Desamparados; celebrado en Valencia en 1867.)

Impiedad, tú que atrevida
Llamándote Ciencia nueva,
Con incrédula sonrisa
Todo ideal menosprecias;
Tú que en el hombre apagar
De la fé la llama intentas,
Destruyendo sus altares,
Combatiendo sus creencias,
¡Oh qué engañada que vives
Al ver cercano el fin de ellas!
Deja esos pueblos altivos,
Donde no cual reina imperas,
Mas sí como cortesana
De ambicion y orgullo llena,
Y al confin ven de la Europa
Donde está mi patria bella
Por el Túria acariciada;
Y al poder hoy de una idea,
Latiendo de amor el pecho,
De esperanza el alma llena,
Ante una Virgen orando
Madre de Dios, Madre nuestra,
Verás como se levanta
A protestar de tu ciencia,
Y al mundo probar que aun brilla
La luz del Calvario intensa.

—
En el templo el sacerdote,
Y la esposa casta y tierna
Del Señor, en el convento,
Dulce canto al cielo elevan,
De incienso entre blancas nubes;

Y en altas torres mil lenguas
De bronce, el espacio inmenso
De graves sonidos pueblan:
Y las calles y las plazas
Flores y adornos ostentan,
Y arcos, toldos, obeliscos,
Y en ricas, variadas telas,
Retratos de antiguos héroes;
Y santos que el alma elevan
En brillantes monumentos;
Y cuando la noche llega,
En tanto que el fuego, imágen
Del rayo, rasga la esfera,
Parece que un nuevo día
Con luz mas suave y bella
Las inunda y dulces sonos
Por todas partes resuenan,
De placer llenando el pecho;
Y es que el pueblo y la nobleza,
Y la Iglesia y la milicia,
Y las artes y las ciencias,
Por un pensamiento unidas
Su entusiasmo santo muestran;
Y prelaços y magnates
A la feliz ciudad llegan,
Por la misma fé impulsados
Que llevó de ignotas tierras
Hace diez y nueve siglos
A los Magos á Judea.

—
Que ese afan, ese entusiasmo,
Esas galas y esas fiestas,
Son la espresion mas solemne
De la gratitud sincera
Que los valencianos guardan
Para su Patrona excelsa,
Que es de los Desamparados
Madre protectora y tierna;
¡Gratitud, que con los siglos
A par de su amor aumenta!

Ella es la columna ardiente
Que les guía aquí en la tierra
A través de este desierto
De contrariedad y penas;
Ella es el Iris de paz;

Ella es la brillante estrella,
Que les marca de los cielos
La oculta, segura senda;
Ella es fuente cristalina
Que purifica y que alegra;
Es bálsamo prodigioso
Donde la salud encuentran;
Y de sus almas creyentes
El santo ideal es ella,
Que les defiende y aparta
De aquella humana soberbia
Que hoy alzando otra Babel,
Crea un mundo de tinieblas.

—
Sí, Madre tierna y querida,
Sí, dulce esperanza nuestra,
Ya que fuiste en otros tiempos
Como vencedora enseña,
Cuya vista derrumbaba
De la gentilidad ciega
Los ídolos y los templos,
Hoy también escudo seas
Contra la impiedad altiva,
Y confundida se vea.

¡Oh! bien sabes, Virgen pura,
Cuánto te adora Valencia!
¡Bien sabes cuánto ha sufrido!
Tiende tu manto sobre ella,
Y que á días de amargura
Felices días sucedan:
La paz en tus hijos reine;
Y su aspiración inmensa
Tan solo sea el ser dignos
De Madre tan dulce y tierna,
Y ser buenos ciudadanos,
Honrando su patria bella.

Miguel Amat.

LOS MISIONEROS CATÓLICOS

Y LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

Héahí un corto artículo que en forma

de suelto publica *L'Univers*, periódico católico de Paris:

Hace ya algún tiempo que leíamos en una correspondencia protestante fechada en Calcuta:

«Ahora que son tan mal vistos los Jesuitas en Europa, no nos parece fuera del caso hacer constar que no hay en las Indias hombres mas llenos de desinterés y de abnegación, hombres de vida mas ejemplar que estos dignos sacerdotes. Nadie trabaja aquí como ellos; siendo al propio tiempo unos cumplidos caballeros (*gentlemen*). Nos llegan aquí sin familia y sin amigos; ninguno de ellos abriga la idea ni la esperanza de volver á ver su patria; se sacrifican absolutamente por la salvación de sus semejantes ...»

Mas adelante el *Daily Telegraph*, al describir los funerales de Napoleon III, decia, á propósito de la entrada de dos Hermanas de la caridad en la pequeña iglesia de Chislehurst:

«Son dos reclutas, enviadas por la casa madre de la calle del Bac, de esta noble milicia de mártires, fundada por la piedad á la par ardiente y práctica de san Vicente de Paul, para servir á la causa de la humanidad. ¿Dónde no se encuentran estas santas mujeres? ¿En qué lecho de muerte, en qué hospital, en qué cárcel, en qué calabozo, en quéapestadas chozas, en qué aldeas azotadas por la epidemia, en qué campos de batalla rojos de sangre no han velado ellas, no han sostenido ellas el mejor combate, cuidando á los heridos, refrescando los abrasados labios, cerrando los fatigados ojos?»

«Ora se arrodillan á la cabecera del lecho de un emperador que murió; ora se sepultan en una ciudad de China y se esfuerzan en sustraer á infortunadas madres á la órden que les manda el in-

fanticidio; ora, en fin, se encuentran en medio de escenas de carnicería y rapiña, trabajando con corazones de leon para endulzar los horrores de la guerra. No es, por lo tanto, extraordinario que al pasar esas admirables mujeres dirigiéndose á sus asientos, asientos de honor que les habian sido reservados, todas las manos se extendieran hácia ellas y se oyera á mas de un asistente murmurar:

«—¡Las buenas Hermanas!...»

¡Qué confesiones y qué pruebas tan expresivas! El cisma, las herejias, el racionalismo se han coligado contra la iglesia; la han atacado con un coraje y con una tenacidad inauditas; los Estados les han proporcionado todas las armas de que disponer podian; y al estruendo producido por tan repetidos asaltos, ha parecido desmoronarse el antiguo edificio. Cautivo Pio IX, los vencedores han entonado un canto de triunfo.

Y han dicho los unos:

—No existe ya el Papado, nuestra es ya su herencia.

Y han añadido los otros:

—Un puntapié mas, y habremos echado á Cristo.

¡Insensatos! Su canto funerario es el que les aturde. El cisma cae en el cisma, la herejía se hunde en el polvo, el racionalismo desaparece en la nada.

Separados ó reñidos estos errores, son incapaces hasta la hora presente de amenguar ni un solo dolor, de elevar ni una sola alma; nacidas de la rebelion, van á morir en el desprecio.

Pero si la fuerza carece de fuerza, el poder brota de la debilidad misma. Este Papa reducido á cuatro paredes, esos Jesuitas infamados y escarnecidos, esas pobres mujeres ocultas bajo el sayal,

son los únicos que hacen obras vivas, los únicos que retienen todavia á la humanidad en la pendiente del abismo que la atrae. A la verdad, para quien sabe observar y hacer abstraccion de las transitorias pruebas por que pasamos, se nota que se está operando con asombrosa rapidez la separacion entre el bien y el mal. Los hechos hablan; se ha pronunciado un decreto, y será preciso que la conciencia universal se conforme con él.

No, desde los gloriosos tiempos en que los cristianos confesaban á Jesucristo en pleno anfiteatro, en presencia de los emperadores y de los tigres, jamás acaso habia sido testigo el mundo de un espectáculo semejante. Tocando estamos con el dedo el milagro de la iglesia perpétua y redentora.

Discipulos de Focio y de Lutero, amantes del libre pensamiento, despojados, encadenados, gozados con lo que os queda, pero tened en cuenta que no sois vencedores, sino vencidos. Vencidos por la razon que no admite victoria definitiva sin justicia, que no admite justicia sin Dios, que no admite Dios sin amor, y que no admite amor sin la encarnacion del Verbo en el immaculado seno de la bienaventurada Virgen Maria.

(Misiones Católicas.)

EL VATICANO.

Algunos periódicos de Roma, el telégrafo y los corresponsales extranjeros, al ocuparse de la salud de Pio IX, se obstinan en inventar síncope, consultas de médicos, y en preparar el cónclave. Pasemos por alto el ocuparlos de tan torpes mentiras, y contentémonos con saber y decir que Pio IX sigue bien.

El día 13 recibió los homenajes de los Cardenales y de muchos príncipes romanos; á los cuales habló con suma afabilidad y dulzura, manifestándoles el presentimiento que tenia de ver en día no lejano la paz de la Iglesia.

Con motivo del cumpleaños de nuestro amado Pontífice, este ha recibido por parte de la prensa católica tiernas demostraciones de admiración, respeto y amor.

Son notables las siguientes palabras que Mons. Nardi dirigió á Pio IX desde Frascati por el órgano de la *Voce della Verità*:

«El gran número de años que sobre ti pesan, amadísimo Padre y Maestro, no nos inspira temor. Hemos tenido y tenemos aun señales muy evidentes de que el Señor te destina á celebrar su gloria por un nuevo triunfo. No, tanta virtud y constancia no podrían quedar sin recompensa aun sobre la tierra; tantas oraciones elevadas al cielo de uno á otro extremo del mundo no podrían quedar desechadas. No ha concluido tu historia, ó Padre y Maestro, y aunque el velo del porvenir sea impenetrable á la vista de los hombres, todos descubren lo que tras él se oculta. Dura es la cautividad que sufres tres años hace por el bien de la Iglesia, mas ella es tal vez la porción mas gloriosa de tu vida, porque ha confundido y confunde con una tácita é irresistible elocuencia las esperanzas sacrílegas de los enemigos de Dios.

«Cuando invadieron tus Estados y tu Ciudad, no sabian ellos qué corazón ocultabas en tu pecho. Acostumbrados á encontrar por todas partes conjuraciones y traiciones, tímidos consejos y cobardes complacencias, pensaban vencerte á ti y á los que te rodean. ¡Cuánto se han engañado! No en vano tu predecesor fué

llamado *piedra*. El fué piedra inmóvil, y piedra eres tú, heredero é imitador de Pedro. Numerosas tempestades han pasado por encima de esta piedra, pero se ha cumplido con ella lo que dice el Evangelio: Ha caído la lluvia, y los rios se han desbordado, y los vientos han soplado con furia para derribar esta casa, pero ella no ha caído porque está fundada sobre piedra (1).

«Grande es el ejemplo que das al pueblo cristiano y á sus Pastores, y tú ves como te imitan. Rusia, Polonia, Alemania, Suiza, tienen sus gloriosos confesores, como los tiene tambien esta Italia que tanto te ama y te admira. Al paso que tus palabras les han dirigido y animado, tu ejemplo les ha consolado y confortado; y aunque es grande el poder de la palabra, nada puede compararse con el ejemplo. Solo se triunfa por la cruz, pero la cruz triunfa siempre.

«Admite, Padre y Señor, no los homenajes del mundo tantas veces mentiroso, sino los votos fervientes de los corazones que te aman en verdad, y cuyo amor para contigo se confunde con el que profesan á la Iglesia y á Dios.

«¡Vive, vive aun largos años para el bien de la Iglesia de Jesucristo! ¡Confesor de la fé, seas vencedor en el gran combate! ¡Desvanece los deseos de los impíos! realiza nuestras esperanzas!

Entre las audiencias que todos los dias Su Santidad concede, hay que mencionar la que el día 16 alcanzó un jóven que fué zuavo del Papa, y que no ha mucho recibió las Ordenes menores.

—¡Ah! vos habeis sido zuavo! dijole Su Santidad. ¡Cuánto amo á mis valientes zuavos, y cuánto me aman ellos á mí! Dios les ha bendecido, y en todas partes han conquistado mucha honra

(1) Matth. vii, 25.

para sí y para la Iglesia á la cual han servido. Vamos, hijo mio, ¿qué puedo hacer por vos? A lo que veo vestís ahora sotana. ¿Acaso teneis necesidad de que os levante alguna censura? ¿A cuántos garibaldinos disteis muerte!

—¡Ah! santísimo Padre, esto es cosa que no sé: pero dispensad si me atrevo á decir que hubiera querido matarles á todos.

Esta salida hizo reir á Su Santidad.

—De hoy mas, dijo, no matareis á ninguno, y cuándo habreis recibido la ordenacion sacerdotal, hijo mio, peleareis contra los enemigos de Dios para convertirles y absolverles.

Presentando entonces aquel jóven una peticion al Santo Padre, este, que estaba en pié, le dijo:

—Tomad mi baston.

El jóven tomó el baston y lo besó derramando lágrimas.

—Vamos, zuavo mio, ¿á qué llorar? ¿Quereis que llore tambien yo?

Y el Papa, lleno de emocion, tomó entre sus manos la cabeza del jóven, y la apretó contra su pecho. Despues leyó la súplica, en la cual pedia algunos favores ó dispensas que el Papa le concedió, escribiendo con mano fácil y segura algunas líneas y su firma en el dorso del papel.—*J. M. R.*

VARIEDADES.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE,

por el Pbro. M. Lamazon.

Traduccion de D. Carlos Maria Perier.

(CONTINUACION.)

Al llegar á la entrada de la calle Nueva de las Capuchinas, que desde el bu-

levar de la Magdalena conduce á la plaza de Vendome, víme detenido por un grupo de transeuntes que miraban desde lejos con terror y curiosidad á la vez las patrullas de los insurrectos esparcidas á lo largo de la calle. «No sigais, gritáronme temblando algunas personas menos valientes que caritativas: si os introducís en medio de esos miserables estais perdido: los hemos visto disparar sus fusiles sobre inofensivas gentes que á la entrada de la calle de la Paz se ocupaban en recoger los heridos...» Sin responder á estas palabras, que el miedo mas que la razon dictaba, llegué á la primera patrulla en frente del «Crédito Territorial.» Hallábanse cerradas todas las casas de la calle Nueva de las Capuchinas, la cual, siendo una de las mas animadas del distrito, asemejábase á un cementerio. Un jóven grueso y robusto, de rostro colorado como la escarlata, era el jefe de la patrulla; adelantóse hácia mí; y levantando con solemnidad su sable, como para ostentar una autoridad que yo no pensaba disputarle, me mandó hacer alto. Con visible tristeza le manifesté la mision que llevaba. «Voy, le dije, como sacerdote de la Magdalena á socorrer á los heridos que haya en la plaza de Vendome.» Con el sable hizome señal para que pasara adelante, sin darme otra respuesta. ¿Comprenderia él la situacion creada en París por aquel funesto comienzo de guerra civil? Lo dudo; pero juzgo tambien que no tenia otra pretension que la de darse importancia, en tanto que los demás guardias de su patrulla, ojo avizor y puesta la mano en sus armas cargadas, se parecian á centinelas militares avanzados en frente del campo enemigo, ménos el porte y la disciplina.

A mitad de la calle estaba la segunda patrulla, que no puso obstáculo á mí

paso: componíase, como la primera, de guardias nacionales de todas edades, pero de una misma condicion, de la clase ménos culta de los arrabales. Su vestuario era poco uniforme y esmerado; y mientras los unos, los más jóvenes, mostrábanse más regocijados, los otros guardaban una actitud ménos bulliciosa: pero en todos se notaba una alegría instintiva al ver que como dueños imperaban en el cuartel más brillante de París y que espiraban vivo terror á sus habitantes.

Antes de llegar á la patrulla situada al otro extremo de la calle, ví muchas manchas de sangre sobre el asfalto; y es que estaba á pocos pasos de allí el sitio en que cayeron momentos ántes las víctimas de la descarga. Renuncio á explicar la aguda pena que atormentó á mi alma, al ver esta sangre francesa recién derramada por bandidos sin Dios y sin pátria. En medio de mi angustia recordaba el grito sublime de Monseñor Affre: «¡Qué sea mi sangre la última que se derrame!» y de mi parte elevé también á Dios ferviente plegaria para que la sangre de estas inocentes víctimas fuese la última que se derramara. Mas la crisis social y revolucionaria que agitaba á París como horrible pesadilla era de temer que no llegara á su fin y desenlace sin otra efusion de sangre tan triste y abominable como la que habia señalado su principio.

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve misa conventual con sermon que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo

magistral. Por la tarde á las cuatro y media minerva, en la que predicará don José Carratalá, teniente cura de la misma. En Sta. Maria misa mayor á las ocho y media. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho, y por la tarde á las cinco y media ejercicio de la Soledad con sermon que dirá D. Francisco J. de Guimbeu, vicario de la misma. En las Agustinas misa mayor á las siete y cuarto, y por la tarde á las cinco trisagio y ejercicio de S. Luis Gonzaga.

Mártes.—En las Agustinas misa de renovacion á las siete y media, y por la tarde á las cinco trisagio.

Miércoles.—En Sta. Maria á las cuatro y media de la tarde dá principio la novena del Santísimo Sacramento.

Jueves.—*Corpus Christi*.—En la Colegial á las ocho y media *prima* y misa de renovacion. A las diez *tercia* y solemne funcion con sermon que predicará el referido Dr. D. Casiano Quilez. En Sta. Maria misa mayor á las ocho y media: en la Virgen de Gracia á las ocho: en las Agustinas á las siete y media. En las Capuchinas á las ocho misa de comunidad con *Manifiesto*.

Viernes.—En la Colegial á las nueve menos cuarto misa conventual con sermon que predicará el Lic. D. Francisco Penalva, abad. En las Agustinas á las siete y media misa con sermon en honor de S. Antonio de Pádua: predicará don José Juliá, capellan de la propia Iglesia. En las Capuchinas igual funcion á las ocho: predicará D. José Carratalá. En Sta. Maria por la tarde á las cinco y media dará principio la novena del Santo.

Sábado.—En la Colegial la misa conventual y sermon.